

Contemplar y comprometernos

Reflexiones de Cuaresma

Nuevamente, la Iglesia como comunidad nos invita a vivir un tiempo especial para contemplar nuestro caminar, mirar a nuestros hermanos y comprometernos por un mundo en donde podamos vivir más dignamente y en paz. Para esto, les proponemos tres reflexiones para vivir la limosna, la oración y el ayuno.

LIMOSNA



El Miércoles de Ceniza, **la liturgia de la Palabra** nos propone un proyecto para concretar esa mirada, ese caminar y ese compromiso. Nos propone tres prácticas que nos ayudarán en este tiempo, hoy profundizaremos la primera.

Nos dice que debemos practicar **la limosna** como una exigencia en nuestra vida. Semánticamente la palabra “limosna” se vincula con el término “cara/faz”. Si una limosna no se da viendo la cara a nuestro hermano más vulnerable, ese gesto no nos transformará como nos pide el evangelio de Mateo. **Cuando compartimos nuestros bienes**

con el otro mirándolo a los ojos, ese bien entregado regresa a mí con la mirada de mi hermano, cala mi corazón y transforma mi vida.

En el Antiguo Testamento esta práctica era muy recomendada porque la tradición afirmaba que posibilitaba tres cosas: fortalecía en los momentos de crisis y muerte, ayudaba a perdonar los pecados y construía un tesoro en los cielos, de esos tesoros que no se corrompen, sino que duran para siempre. Si al dar la limosna nos fijamos en la vida de nuestros hermanos y cómo ellos hacen para sobrevivir dignamente, esa limosna nos ayudará a superar cualquier momento de dolor; si al dar la limosna puedo mirar la vulnerabilidad del otro y su necesidad, seguramente me sentiré pequeño, veré aquello que debo cambiar y podré perdonarme; si al dar la limosna puedo sentir “las gracias” de mi hermano, eso que recibo es un tesoro que no se pierde y que nadie lo puede comprar.

Comencemos a caminar dando a nuestros hermanos lo que tenemos para ellos, eso sanará nuestra vida y nos ayudará a transformar el espacio que vivimos en algo más habitable, porque **practicar la limosna le devuelve al mundo su bondad, aquella bondad con la cual Dios lo creó.**

ORACIÓN



La liturgia nos dice que Jesús se retira al desierto durante 40 días. ¿Qué nos dicen estos dos textos bíblicos en este tiempo de #Cuaresma, a qué nos invitan?

Jesús no se apresura cuando comienza su ministerio. Antes de anunciar la buena noticia a los pobres y sanar los corazones afligidos se retira al desierto a un lugar escondido, donde permanece por un tiempo. Y nos invita también a nosotros a hacerlo. Esta invitación no es para personas especiales, sino para todos. Estamos convocados a ir al desierto, a ese lugar escondido. Pero ¿cómo hacerlo en medio de nuestra

cotidianidad o cuando no tenemos lugares dónde cerrar la puerta y estar a solas con nosotros mismos y con Dios?

Podríamos pensar que la propuesta es, sin irnos muy lejos, “a entrar en nuestro corazón”. El corazón es el lugar más profundo de una persona; es lo más íntimo de cada uno, donde vive nuestro ser, es decir aquello que nos hace vivir y ser libres, donde nos encontramos con Dios y desde donde es posible vincularnos con otros y con la creación entera. Allí podemos vernos tal cual somos, profunda y auténticamente hablando, sin velos y sin detenernos en aquellas máscaras que nos construimos. Allí podemos contemplarnos como nos ve y ama Dios, con nuestra bondad y pobreza. Allí está todo lo que realmente vale en nuestra vida, y es allí donde Dios quiere encontrarse con nosotros y sanar nuestro corazón afligido.

El lugar escondido al que se nos invita no es un lugar geográfico; el desierto al que nos convoca el Señor no implica grandes desplazamientos. Lo que se nos propone es tener la posibilidad de entrar dentro nuestro, o como decía Catalina de Siena, entrar en nuestra celda interior, aunque estemos en el trabajo, en la calle o junto otros. Se nos recuerda lo urgente que es “estar dentro y habitar nuestro interior” cuando necesitamos tener esa mirada profunda en nuestra vida, aquella que nos hace mirar con esperanza porque allí el Señor nos enseñó cómo vivir confiando en su presencia.

AYUNO

Siguiendo con nuestra reflexión iniciada el Miércoles de Ceniza, hoy se nos invita a la tercera práctica cuaresmal: el ayuno. Así como la oración nos vinculaba con la

experiencia del desierto en nuestra reflexión de la semana pasada, **el ayuno** nos hace también caminar hacia el desierto junto con Jesús. El evangelista Mateo nos dice que Jesús “Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al final tuvo hambre” (Mt 4,1). **¿Qué significa hoy para nosotros esa invitación a practicar el ayuno junto a Jesús?**

Hace mucho tiempo que entendemos la práctica del ayuno como una cierta limitación en los alimentos y en las bebidas, y con la abstención de carne. Este ayuno alimenticio conserva todavía su validez, naturalmente cuando su motivación es religiosa, pero ya no es el único y ni siquiera el más necesario. Queríamos proponerles como parte de nuestra reflexión cuaresmal otras tres formas de practicarlo.

La forma más necesaria y significativa de ayuno se llama hoy **sobriedad o moderación**. Privarse voluntariamente de pequeñas o grandes comodidades, de lo que es inútil y a veces incluso perjudicial para la salud. Este ayuno es solidaridad con la pobreza de muchos. Cuando comenzamos la cuaresma leímos estas palabras de Isaías:

“¿Acaso el ayuno que quiero no es éste:
que compartas tu pan con quien tiene hambre,
que lleves a tu casa a los desafortunados privados de techo,
que cuando veas a uno desnudo tú lo cubras
y que no te escondas a quien es carne de tu carne?” (Is 58, 6-7).

Semejante ayuno es también una respuesta a la mentalidad consumista que muchos de nosotros la tenemos tan arraigada en nuestra vida. En un mundo que ha hecho de la comodidad superflua e inútil uno de los fines de su propia actividad, renunciar a lo superfluo, saber prescindir de algo, abstenerse de recurrir siempre a la solución más cómoda, de elegir lo más fácil, el objeto de mayor lujo, vivir, en definitiva, con sobriedad, es más eficaz que imponerse penitencias que son artificiales. Además, es justicia hacia las generaciones que sigan a la nuestra que no tengan que vivir de las cenizas de lo que nosotros hemos consumido y desperdiciado. La sobriedad también tiene un valor ecológico, de respeto de la creación.

Otra realidad que estamos invitados a ayunar, más que de alimentos, son **las imágenes**. Vivimos en una civilización de la imagen; nos hemos convertido en devoradores de imágenes. Muchas de ellas son insanas, propagan violencia y maldad, no hacen más que incitar las peores reacciones que llevamos dentro. Son producidas expresamente para seducir. Pero quizá lo peor es que dan una idea falsa e irreal de la vida, con todas las consecuencias que se derivan de ello a continuación en el impacto con la realidad, sobre todo para los jóvenes. Se pretende, inconscientemente, que la vida ofrezca todo lo que la publicidad presenta.

Por último, otro de estos ayunos alternativos que podemos practicar durante la Cuaresma hasta que se haga un hábito en nuestra vida, es **el ayuno de las palabras**. De aquellas palabras cortantes, negativas que ponen de manifiesto sistemáticamente el lado débil del hermano, palabras que siembran discordia y sospechas. Palabras que tienen el poder de cerrar a cada uno en sí mismo, de congelar, creando amargura y

resentimiento. Al hacer ayuno de estas palabras, hace que acontezca en cada uno de nosotros la palabra eficaz, creativa, llena de energía y útil para todo.

Pongamos en el horizonte de nuestra vida la práctica del ayuno; no es algo pasado de moda, sino bien actual ya que es aquella práctica que pone en primer lugar la vida de cada uno de nosotros, de nuestros hermanos y de toda la creación.

